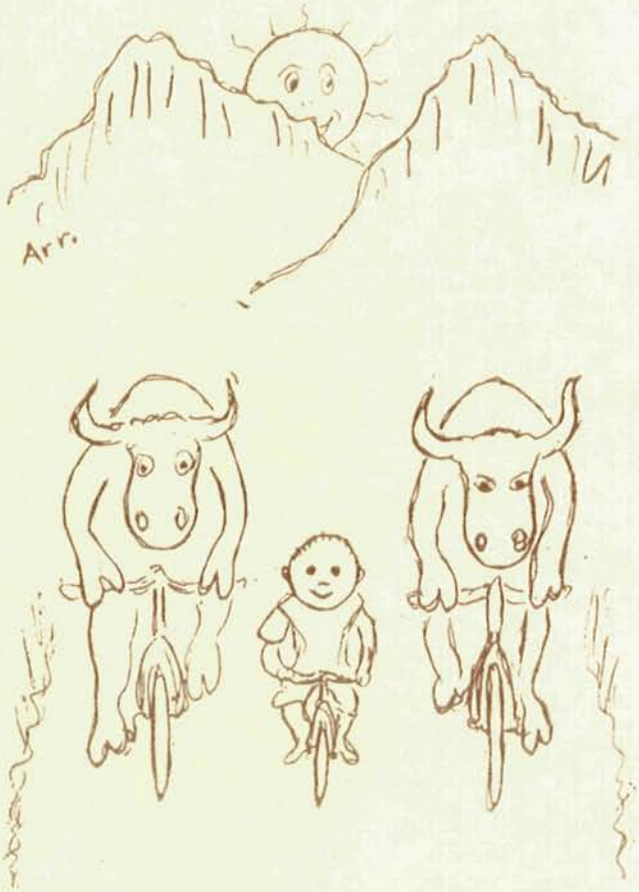
ANTONIORROBLES

Un Poeta con dos ruedas



COSTA-AMIC, Editor

OBRAS INFANTILES DE ANTONIORROBLES

España

Cuentos de los juguetes vivos (Premio al mejor libro del mes).
8 Cuentos de niñas y muñecas.
Hermanos monigotes (Premio del Concurso Nacional de Literatura).
26 Cuentos infantiles en orden alfabético (3 tomos).

México

Cuentos para la Escuela Primaria.
Aleluyas de Rompetacones (20 tomos).
8 Estrellas y 8 cenzontles (Premio de la Mesa Redonda Panamericana y de la Feria del Libro).
Rompetacones y 100 Cuentos más.
La Bruja doña Paz (Premio de un Comité pro Naciones Unidas. Tres ediciones en México, y otras en Puerto Rico y en El Salvador.

Estados Unidos de América

Tales of Living Playthings.
Merry tales from Spain.

(Además aparecen sus cuentos infantiles en dos antologías tituladas "Las mejores páginas de la Lengua Castellana" (España), y "Stories of Many Nations" (Estados Unidos de América).

Antoniorrobles /

UN POETA CON DOS RUEDAS

ANTONIORROBLES

Un poeta con dos ruedas

CUENTO PARA LOS 11 AÑOS
DE EDAD Y SUS ALREDEDORES

[Ilustraciones infantiles del Autor]

B. COSTA-AMIC, EDITOR
MÉXICO, D. F.

© 1971. Derechos reservados por el Autor

IMPRESO EN MEXICO / *PRINTED IN MEXICO*
TALLERES DE B. COSTA-AMIC, EDITOR / MESONES, 14
MÉXICO (1), D. F.

NOTA PARA PADRES Y MAESTROS:

Esta pequeña producción literaria fue escrita por su autor con el deseo de ofrecer un puente de oportuna orientación, que perciba aun algunas fáciles sensibilidades de infancia, y al mismo tiempo entregue cierta sutilidad que vaya despertando emoción adecuada a la iniciada juventud.

Se han producido escasas obras que deseen alcanzar ambos extremos con ese puente por el que se pasa de la infancia a los comienzos de la pubertad.

ESTAMPITAS DEL CUENTO EN ORDEN ALFABETICO

A — Armonía
B — Bicicleta
C — Consentido
D — Deber
E — Entusiasmo
F — Flecha
G — Gordo
H — Hazaña
I — Insistencia
J — Jugada
K — Kilómetros
L — Liberado
M — Madrecita
N — Niños
Ñ — Muñeco
O — Obediente
P — Poeta
Q — Quimeras
R — Realidades
S — Sinceridad
T — Ternura
U — Unión
V — Versos
X — Excentricidades
Y — Yunta
Z — Ziszás

D E D I C A T O R I A :

—Este libro va dedicado a ese muchachito.

—¿A cuál?

—A uno que no recuerdo si es negro, chinito, blanco, humilde o acaudalado; pero que le vi un día pasear por México.

ANTONIORROBLES

A

ARMONIA — Si comenzásemos esta historia diciendo que la niña Luchi tenía cuatro patitas y su hermano Lupito nada más que dos ruedas, esas noticias, como es natural, causarían el asombro del mundo entero; ¡ah!, pero es que hay que tener en cuenta que las cuatro patas de que Luchi era propietaria, resulta que eran las de un burrito que le regaló su papá; y las dos ruedas de Lupito correspondían a la bicicleta con que su mamá le había obsequiado cierto día. Sí, sí; después lo explicaremos.

Lupito y Luchi eran hijos de un matrimonio mexicano que amaba a su tierra con gran entusiasmo: gente sencilla, campesina de un pueblecito denominado Villacolorín de las Cintas, desde el cual se veían allá lejos, muy lejos, los rascacielos de la capital.

Lupito era alegre; en su escuela le gustaba más que nada el estudio de la Astronomía: el Sol, la Luna, las estrellas... Pero además ayudaba a su padre en el campo, si tenía tiempo, y los domingos se entregaba al balón y a los patines.

Luchi, más pequeña, era buena, cariñosa y sentimental; ponía nombre a sus muñecas para quererlas como si fuesen niñas, y si alguna vez presenciaba el sufrimiento de alguien, hacía todo cuanto fuese necesario, con la ayuda de sus padres, hasta que acababa con el dolor ajeno.

En fin, ¡todo en aquella casa era armonía!... Tanto es así, que el papá tenía dos bueyes llamados "Pandero" y "Tambor" con los que trabajaba la tierra, y el muchacho era tan servicial, que cuando regresaba de sus juegos del atardecer, él era quien se encargaba de meterlos en su cobertizo del patio y darles el pienso, para que el padre descansase; por que era hombre que empezaba sus tareas mucho antes de salir el Sol.

B

BICICLETA — Lupito no sólo era buen estudiante de Astronomía, sino que además le gustaba hacer versos. Cierta vez, el maestro, que se llamaba don Pepe Pizarrón y Pizarrón, dijo a los colegiales:

—Pasado mañana es el Día de las Américas, y quiero que mañana me traiga cada uno de ustedes un papelito con algunas palabras que se refieran a este Continente.

En efecto, todos le llevaron el elogio y la alta significación de América en la marcha de la civilización; pero Lupito, que se sentía poeta, apareció en la Escuela con un versito escrito la noche antes, que decía así:

¡América!, continente
de un ideal limpio y puro,
de un avance incontenido
y de un grandioso futuro.

Aquello entusiasmó al maestro y a los compañeros del pequeño poeta, y eso dió tanta alegría a la mamá, que dijo a Lupito:

—Tu papá está muy contento contigo por lo bien

Arr.

que cuidas a su yunta de bueyes, y lo mismo él que yo sabemos que en la Escuela gustaron mucho tus trabajos. Por eso quiero hacerte un regalo. ¿Qué deseas?

—Mamacita: yo quisiera una bicicleta.

—La tendrás.

Efectivamente, la buena señora sacó dinero de sus ahorros, y un día llegó el autobús de la capital con la bicicleta que Lupito deseaba. ¡Todo Villacolorín de las Cintas se enteró del regalo!, porque la traían tumbada sobre el toldo, y se vio cuando la descolgaban.

—¿Cómo la vas a llamar? —le preguntaron a Lupito sus compañeros.

Y él respondió:

—Ya que los bueyes de mi casa tienen nombre de instrumento musical, a ella la llamaré "Ocarina".

Y así fué: ninguna bicicleta de aquella región tenía nombre, pero a la de Lupito la llamaban "Ocarina" todos los niños del pueblo.

Es más: un domingo, según corría con ella por el camino que iba cerca del río, se le ocurrió al pequeño poeta este nuevo verso:

¡Qué bien voy en bicicleta
por la carretera estrecha,
entre huertas y montañas
y el arroyo a la derecha!...

C

CONSENTIDO — Cierto día, la linda y cariñosa Luchi amaneció malita; mas era tan dócil, que hacía y tomaba todo lo que el médico le ordenara. Entonces el papá, acercándose a su camita, la dijo:

—Eres tan buena, que quiero hacerte algún regalo. ¿Qué es lo que deseas?

—Lo que deseo, papito, no me lo vas a poder traer a casa...

—¿Cómo que no? Yo te traigo lo que sea. El médico dice que ya estás muy mejorada, y quiero regalarte lo que tú más quieras.

—No puede ser, papá.

—¡Que sí, Luchi, que sí!

—Papito... es que lo que quiero... es el burrito que camina detrás de la burra del leñador que vive enfrente de casa.

—Claro está que es un poco difícil... pero, ya veremos, hijita.

El buen señor hizo las gestiones precisas, y como su casa pueblerina era tan solo de un piso bajo con su correspondiente patio, un domingo por la mañana, cuando Luchi, iba estando mejorada,

apareció su papá en la alcoba con aquel burrito que acababa de comprar al leñador.

Luchi se llenó de alegría; Lupito puso al animal un cajón para que comiera al lado del lecho de la niña, y sólo al anochecer se lo llevaban al cobertizo del patio donde dormían los bueyes. Y como el colegial tenía aquel carácter tan alegre, él fue quein puso nombre al pequeño jumento:

—Desde hoy le llamaremos... le llamaremos... ¡"Cornetín"!

—¡Eso, eso! —exclamó Luchi—. ¡"Cornetín"! Musical como los bueyes y como la bicicleta...

¡Qué simpático sonido el de las patitas de "Cornetín", todas las mañanas, cuando él solito se dirigía al cuarto de Luchi por el corredor! Allí comía, y a veces se tumbaba y se quedaba medio dormido en la alfombra, junto a la cama.

Por fin la niña se puso completamente bien, pero como todos habían tomado cariño a "Cornetín", le dejaban entrar a la hora de comer; y siempre había algo para él: pan o tortillas de maíz, que le entusiasmaban.

Era el consentido de la casa; por eso cuando la niña regresaba del colegio, jugaba con él en el patio poniendo los bolos en el suelo, para que el pícaro juguetón las empujase con el hocico. Y estaba tan mimado que, cuando salía de paseo con los niños, que nunca montaban en él, no le gustaba beber en el arroyo, como no tuviese mucha sed; prefirió

siempre la limpia cubeta en que le ofrecía el agua Luchi.

Si alguna vez se atrevía a meter la cabeza en la mesa para prender con sus enormes dientes un pedazo de pan, el papá le regañaba:

—¡Quieto, "Cornetín"!... ¡Si cometes esos actos de mala educación, no te volveremos a dejar entrar!...

Entonces el borriquillo, que iba entendiendo como un perro las palabras de toda la familia, bajaba la cabeza de mal humor y por el pasillo regresaba al patio, donde permanecía tumbado sin querer comer ni jugar en dos o tres horas.

D

DEBER — Era costumbre del leñador vecino subir todas las mañanas con su burra al monte; la cargaba de leña, y ella solita descendía hasta su casa, donde la esposa descargaba al animal, que volvía a subir por la tarde en busca de más leña, orientándose hacia su amo por el ruido que el hacha hacía en los troncos.

Pero una vez, "Cornetín" vio a su madrecita porque estaba abierta la puerta del patio; consideró entonces un deber de hijo invitarla a comer; salió corriendo, agarró el ronzal de la burra con los dientes y la metió en el patio para que comiera de lo suyo.

Lágrimas de emoción se le escaparon a la niña cuando lo supo, porque, como se ha dicho, era muy cariñosa y sentimental. Y por si no hubieran cesado con eso los deberes del burrito, le consintió que todas las tardes subiera al monte con su madre, para que trajeran la carga entre los dos, ya que a la dócil burra se le iban notando sus muchos años.

Seguramente que aquella vida tan humana y familiar que daban al borriquito en casa de Luchi,

acabó por hacer que la niña le contagiara un poquito de su bondad infantil. En fin, que llegó a ser un burrito al que se le adivinaban ternuras y alegrías de chiquillo.

E

ENTUSIASMO — ¡Ah!, pero había que verlos en las mañanas de los domingos. ¡Qué cordialidad y qué entusiasmo! Iba Luchi conversando con su mamá de las cosas de la casa y del colegio, y al lado "Cornetín", no como un perro, sino como una persona del grupo, sin cabezada ni montura de ninguna clase.

Por eso "Cornetín" fue el burro más famoso de la región, y sus nobles costumbres hicieron que, en el pueblo, todos los campesinos tratasen a sus jumentos con más cuidado que en los tiempos anteriores, comprendiendo que eran una ayuda feliz en sus labores.

Claro está que también "Ocarina" era conocida por grandes y chicos. Eso de haber puesto nombre a la bicicleta parecía que la daba vida, y los que la veían pasar por su lado, sentían por ella una cierta afición que les despertaba dentro la ternura y la bondad, ya que eran campesinos sencillos y amables.

Y no diremos que Lupito la acariciase, pero sí que gustaba de tenerla en su alcoba, para mirarla con entusiasmo al despertar; sobre todo los domingos, que luego se iban los dos de excursión.

Arr.

Por eso sucedió que un sábado dijo el niño a su papá:

—Si mañana me lo permites, voy en la "Ocarina" a ver si llego a la ciudad de México.

—No sé si debes hacerlo, porque no creo que tengas tiempo de regresar a comer.

Entonces dijo la mamá:

—Yo te prepararé una torta; de ese modo podrás comer allí y regresar por la tarde.

—Siendo así —añadió su papá—; te permito que vayas; porque la capital de la República es una de las ciudades que más están avanzando en el mundo, y quiero saber la impresión que te hace.

Oído lo cual, Lupito se acostó lleno de ilusión...

F

FLECHA — Al día siguiente, ¡con qué alegría miró el niño a su bicicleta al despertar!

—¡Compañera! —le dijo sin poder contenerse—: ¡hoy sí que vamos a rodar juntos! ¡Vamos a ver los rascacielos y las bellas avenidas de la ciudad de México!...

Efectivamente, dio un beso a sus papás y a su hermana, rascó luego ligeramente el testuz a los bueyes "Pandero" y "Tambor", dio unas palmaditas en el cuello a "Cornetín" y... ¡a rodar!

¡Allá iban Lupito y la "Ocarina", como una flecha por el camino!...

Después de rodar y rodar cerca de 100 kilómetros, comenzó a ver las casas que la capital tiene por las afueras... ¡Qué emoción, la de todo mexicanito de las provincias, ver por primera vez esa hermosa ciudad, orgullo de México! Esa emoción es como poner un puente de unión, un lazo de afecto, entre la capital y toda la República...

Mas sucedió que, sin haberse introducido del todo en la ciudad misma, y rodando todavía por suelos de carretera, se encontró con un inmenso

rascacielos; un raro rascacielos que había en las afueras, y que al escribirse esta historia ya no existe; pero que en aquel tiempo era de los más altos del mundo.

Es el caso que Lupito fue a pasar rodando por delante mismo del edificio, y de pronto, ¡zas!, las dos ruedas se le desinflaron, porque había por allí esparcidos unos cuantos clavos y tachuelas.

¡Pobre muchacho!... No tuvo más remedio que descender de la bicicleta...

G

GORDO — Palpando estaba las ruedas flácidas, cuando de pronto oyó grandes e impertinentes carcajadas. Miró hacia una de las ventanas del piso bajo, y vio a cierto caballero ¡gordo, gordo!, que se reía estrepitosamente entre sus grandes bigotazos.

Además se dio cuenta, entonces, de que la casa era tan alta, tan alta, que casi alcanzaba a tocar a una nube que en quel momento pasaba por encima de la ciudad hacia las afueras...

Descorazonado el pobre muchacho, recostó la "Ocarina" en una fachada frente al rascacielos; se sentó en los escalones que una puerta tenía delante, y con los codos en las rodillas y la cara entre las manos, se puso a pensar.

De nuevo floreció en él ese pequeño poeta que llevaba dentro, y se le ocurrieron estos versos:

¡Pobrecitas ruedas mías
tan enfermas! ¡Oh, dolor!
¡Ay! ¿Por qué las bicicletas
carecerán de doctor?...

Seguía triste y desesperado, cuando otro muchachito que caminaba por la acera le preguntó:

—¿Qué te sucede?

—Que se me han desinflado las ruedas por culpa de unos clavos que hay en la carretera.

—¡Ah, ya sé quién los ha puesto! —exclamó el recién llegado, muchacho de la capital, que tenía el noble deseo de ayudar a aquel niño que venía de algún pueblo lejano—. Ese ha sido un señor gordo, de grandes bigotazos, que ni es mexicano ni se sabe de dónde ha venido; pero que tiene mucha rabia a los ciclistas y a los chicos, y en cambio le entusiasman los pollos y los pavos... para comérselos, naturalmente.

—¿Y vive en ese rascacielos?

—Sí; en el piso de abajo. Se dedica a dar lecciones a los tamborileros.

—Entonces hará mucho ruido en esta vecindad —añadió Lupito.

—No lo creas, porque enseña sus músicas tocando con los palitos en las cabezas de sus alumnos.

—¿Cómo se llama?

—Don Huracán.

—¡Ah! ¿Sí?... Pues a ese don Huracán hay que hacerle una mala jugada para que no se ría de sus discípulos, ya que él se ha dado el gusto de darme a mí un disgusto. ¿Tienes por ahí un papel blanco?

—Espera un momento —respondió el nuevo amigo—. Yo vivo ahí al lado. Te traeré el papel, y luego me llevaré la bicicleta para ponerle los par-

ches. A uno que llega del pueblo, como tú, no podemos dejarle abandonado los de la capital.

—¡Perfectamente! —exclamó entonces Lupito, que en la cara del nuevo camarada adivinó que se trataba de un muchacho deseoso de hacer el bien.

Y sentado en los escalones siguió esperando...

H

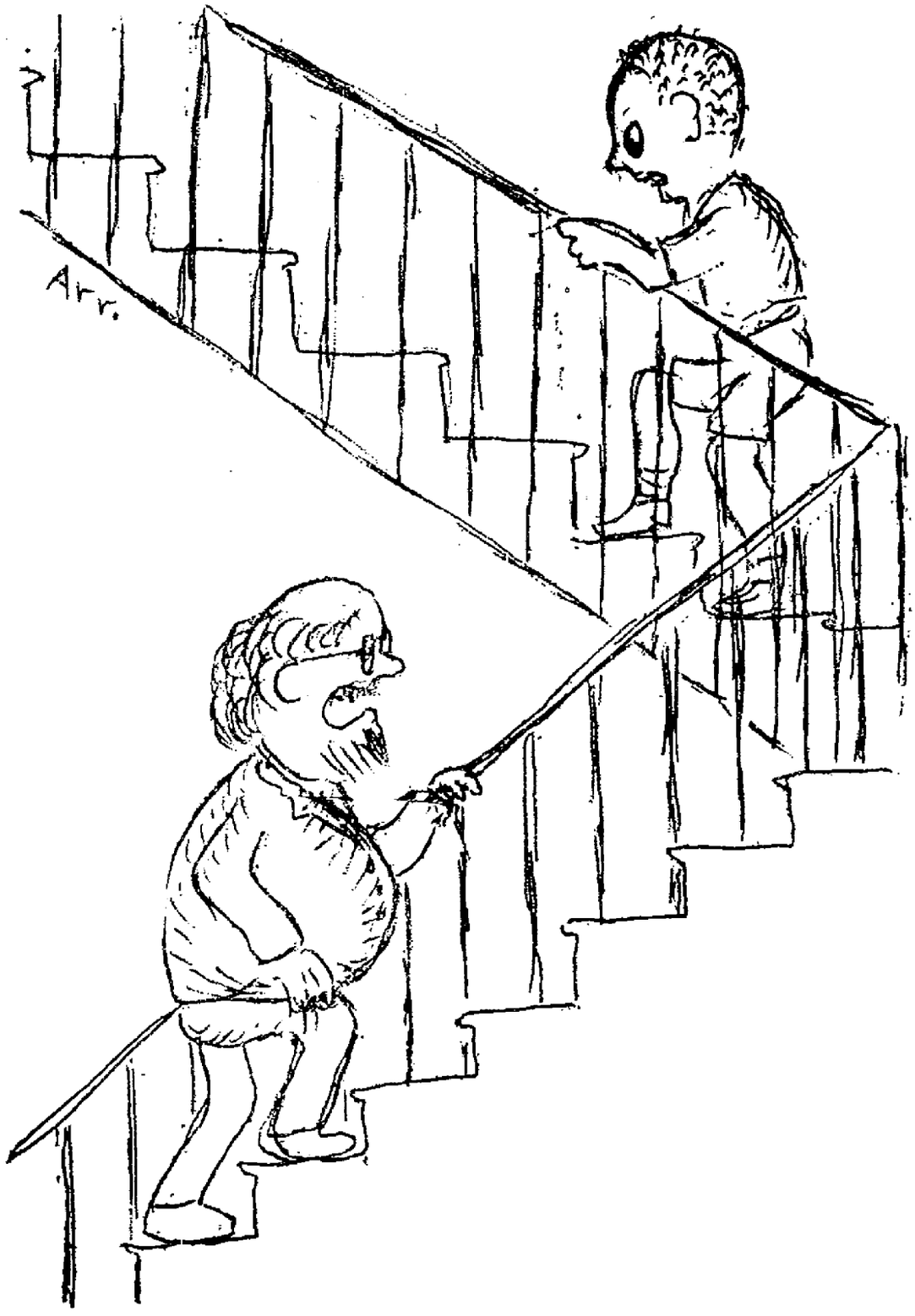
HAZAÑA — Se hizo todo como era de desear: el amigo trajo el papel y se llevó la bicicleta, y Lupito escribió en el pliego un verso que decía:

El gordo don Huracán
toca el tambor con destreza;
¡pero qué tontos serán
los que pongan la cabeza!

Después se acercó a la puerta del piso que ocupaba el desagradable tamborilero, y en ella dejó el papel clavado con un alfilerito, subiendo luego un tramo de las escaleras para observar medio escondido los efectos.

Como era de esperar, los alumnos de don Huracán llegaban, leían los cuatro renglones, comprendían en seguida que el verso tenía mucha razón... y se marchaban.

Entonces el gordo, al darse cuenta de que sus alumnos no venían, empezó a preocuparse, porque era precisamente los domingos cuando le traían el dinero de la semana. En consecuencia abrió la puerta a ver si los veía llegar, leyó el cartel que le habían puesto, y vio a Lupito, rie que te rie, en el re-


Arr.

llano siguiente de la escalera. El muchacho deseaba reirse igual que don Huracán se había reido de él cuando se le desinfló la bicicleta.

Aquella hazaña pintoresca de Lupito indignó tanto al gordo, que dejando su puerta abierta por las prisas, comenzó a subir corriendo para alcanzar al niño; pero el colegial subía por las escaleras más de prisa... y el caballero de los bigotazos tuvo que descansar en el tercer piso, dando lugar a que Lupito descansase en el cuarto.

¡Qué curioso fue aquello!, porque la puerta del piso estaba abierta, y salieron a ver al niño 12 confiteras vestidas de azul que fabricaban ricos dulces y entonces le ofrecieron unos pastelitos.

—¿Y para qué dulcería hacen ustedes estas cosas tan ricas? —les preguntó él.

—Son para 12 niños que viven en el piso más alto.

No hubo tiempo de más explicaciones, porque en esto vieron que don Huracán empezaba de nuevo, ligeramente, la subida; de manera que, también el colegial tuvo que seguir elevándose delante.

Mas sucedió lo de antes: que el caballero se cansó de nuevo, descansó en el piso séptimo, y Lupito en el octavo; que por cierto también estaba abierto; de manera que pudo verse por allí a 12 vacas que vivían tranquilamente, y a un joven vaquero que se acercó en seguida a ofrecer al muchacho un vaso de leche; lo cual vino divinamente para que el chiquillo recuperara las fuerzas perdidas.

I

INSISTENCIA — Pero cuando el gordo descansó un poco más ¡otra vez para arriba don Huracán, detrás de Lupito! ¡Qué terca insistencia! Y, claro está, otra vez a descansar, el gordo en el piso 11 y el chico en el de encima; y aquí lo que había era una colección de 12 cocineros de gorro blanco, dos de los cuales salieron a ofrecerle una chuletita muy sabrosa, mientras le decían:

Aquí guisamos para los 12 niños del último piso; pero ya verás cómo se alegran, si les decimos que se te ha regalado a ti una chuleta.

—Bien, pero ¿quiénes son esos niños?...

—¡Ah!, ¿no lo sabes?... Pues son unos chiquillos que...

Apenas habían empezado a explicárselo, cuando vio que el insistente don Huracán comenzaba a subir de nuevo cada vez con peor humor. Entonces les tocó descansar respectivametne en los pisos 15 y 16, y en este vio Lupito a 12 gallinas, con un hermoso gallo de elegantes plumas; era el piso en que las aves ponían 12 huevos diarios para los niños de arriba. ¡Qué cosa tan extraña!

Asimismo le tocó ver en el piso 20 a 12 negritos

de animados gestos, que tejían telas para dichos niños... Y luego, en el piso 24, a 12 ágiles chimpancés que fabricaban juguetes de madera. En el 27 había 12 ardillas que construían con rápida habilidad unas graciosas muñecas... Pero es el caso que el piso 29 estaba vacío... y en el 30... ¿qué pasaba en el 30, que además era el último?...

Un ruido alegre, como de aleteo, se escuchaba por allí; y cuando quiso poner atención en ello, empezó de pronto a sonar una banda de música en la azotea de ese mismo piso. ¡Qué raro!, ¡qué raro resultaba todo aquello!...

J

JUGADA — Si hemos de decir la verdad, Lupito sintió un poco de miedo porque ya no había más pisos para defenderse, y entonces sí que podría darle alcance don Huracán.

Fue en aquel momento cuando apareció un extraño niño, en la forma exacta de esos querubines que no tienen más que cabeza y alas, y posándose en el borde alto de la puerta abierta, preguntó al recién llegado:

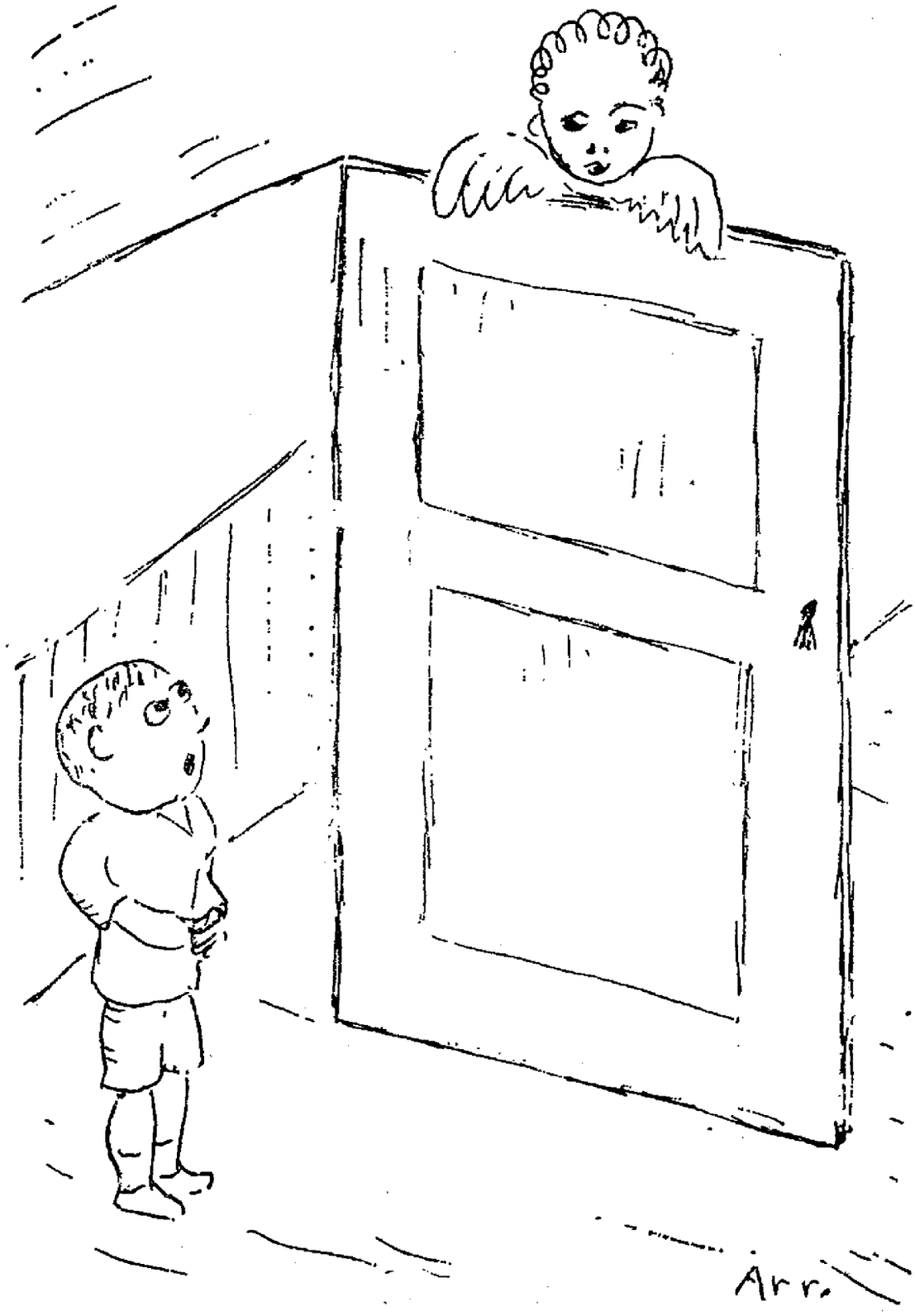
—¿Qué deseas?

—Deseo un escondite, porque viene persiguiéndome ese gordo tamborilero que vive en el piso de abajo...

—Pasa en seguida a esa habitación; verás cómo al pícaro de don Huracán le hacemos alguna jugada de las que no se olvidan.

Efectivamente, le metió en una salita en la que había seis sillones para las visitas y, colgando del techo, 12 aros en los cuales se podían posar los niños volantes.

Cerraron la puerta del piso y mientras descansaba en el rellano del 29 don Huracán, el niño alado explicó lo que era aquello.


Arr.

—Nosotros nos dedicamos a llevar, en unas bolsas que cuelgan de nuestros dientes, juguetes, dulces, libros de lectura, vestidos, frascos de leche y demás alimentos, a diversos niños del mundo entero que viven muy pobremente y lo merezcan. Para nosotros no hay fronteras en la Tierra; pero hemos elegido al país mexicano, porque sabe sentir la generosidad y puede colaborar con nosotros. Ahora bien, como somos aficionados a la música, no tenemos otra distracción que la de esa orquesta, que vive en el piso 29 y sube los domingos a ofrecernos sus conciertos. Los músicos fueron 12 como nosotros, pero ahora son 11, porque despidieron a ese tamborilero al descubrir que tocaba el tambor como si quisiera hacer daño con los palillos al parche redondo.

Entonces Lupito le explicó lo de la bicicleta, y el niño volador exclamó:

—¡Ah! ¿Sí?... Pues ahora verás.

K

KILOMETROS — El chiquitín salió volando, se fue a la azoeta y gritó:

—¡Silencio, señores!

De este modo hizo callar a toda la banda, y en aquel silencio se oyó que alguien pegaba con el puño en la puerta, deseando que la abrieran.

—¿Saben ustedes quién llama? —exclamó el pequeñito de las alas—. Pues llama el gordo don Huracán, que quiere castigar a un niño después de haberle picado las ruedas de su bicicleta, en la que venía rodando cerca de 100 kilómetros, desde Villacolorín de las Cintas.

—¿Sí?... ¡Pues a él!...

Los 11 músicos dejaron sus instrumentos y se lanzaron rápidos hacia la puerta; y como los oyera don Huracán, se precipitó escaleras abajo.

¡Gran tumulto se oyó durante un buen rato, por los 780 peldaños de que se componía la escalera! Y es verdad que el gordo, como los había escuchado antes de que salieran, y además su peso le ayudaba a descender, pudo llegar a su casa antes que nadie, y entrar con rapidez, ya que por el deseo urgente de castigar al niño, había dejado abierta la puerta.

Pero los músicos soltaron estrepitosas carcajadas al advertir que los pollos, pavos, corderos y cochinitos que don Huracán tenía encerrados para el alimento de la semana, al ver abierta la salida huyeron por el zaguán y se habían escapado a las praderas próximas en busca de su libertad.

¡Qué alegría daba ver a los 12 niños de las alas, contentos por la escalera, o saliendo al aire a ver cómo se alejaban los animalitos! Realmente, el aleteo de aquellos chiquillos ofrecía siempre un ruido optimista y feliz.

L

LIBERADO — Pero en seguida regresaron, volando como angelitos, a su alto hogar, a comunicar a Lupito que ya estaba completamente liberado.

—¡Quédate a comer con nosotros! —le dijeron.

—No, muchas gracias. Mi mamá me preparó algo que va en una bolsa de la bicicleta, y eso me lo iré comiendo en el camino de regreso; porque después de lo sucedido, estoy impaciente y tengo muchos deseos de referírselo a mis papás.

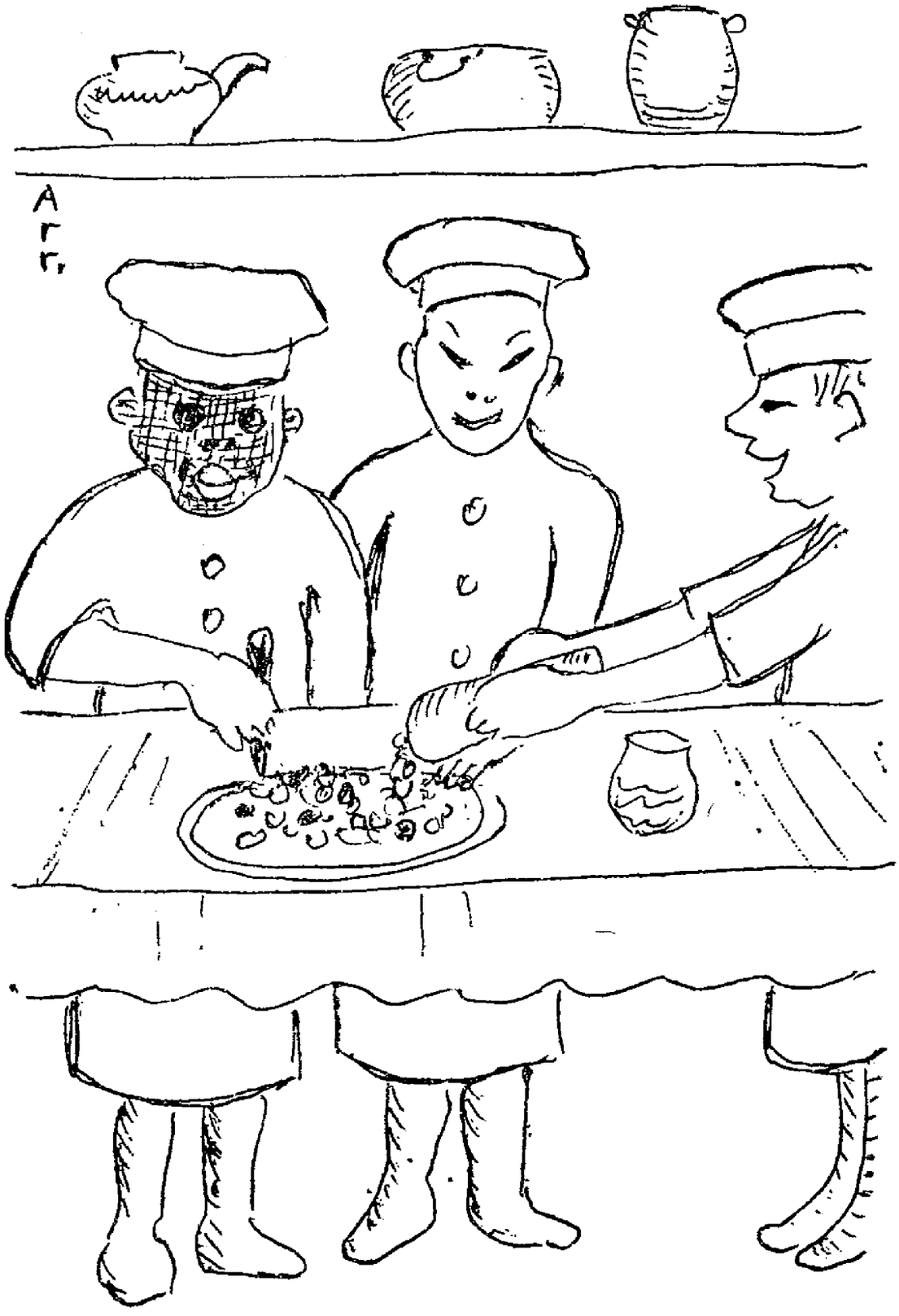
—¿Tienes hermanitos?

—Una hermana que se llama Luchi.

—Pues vamos a prepararte unos dulces para ella.

Mientras tres jóvenes, uno blanco, otro negro y otro amarillo, que tenían a su servicio, lo preparaban, Lupito estuvo en la azotea mirando con asombro, en soledad, la ciudad de México.

Le llenó de emocionado entusiasmo ver el Monumento a la Revolución, símbolo impresionante de la ciudad; los templos con su torres antiguas, y asimismo sus enormes adelantos modernos: los rascacielos, las bellas glorietas con el agua de sus fuentes brincando, los nuevos viaductos, sus avenidas, sus mul-


Arr.

tifamiliares, las colonias espléndidas, las estaciones del metro...

Floreció de nuevo en el sentimiento de Lupito el pequeño poeta que llevaba dentro, y se le ocurrió esta breve poesía:

¡México! ciudad del mundo
que avanzas rápidamente:
no podré olvidarte nunca;
¡siempre vendrás en mi mente!

El recuerdo de "Ocarina", su estimadísima bicicleta, le tenía preocupado; de manera que, en cuanto le dieron los dulces para Luchi, se despidió agradecidísimo tendiendo su mano a las alitas de los 12 amigos y a las manos del negritos, el blanco y el chinito, y de los 11 músicos, que habían regresado y todavía reían sin cesar recordando el portazo con que se encerró el gordo al llegar a su piso; el cual, temeroso de que le estuvieran esperando los enemigos, ya no salió en todo el día, teniéndose que conformar para la comida, la merienda y la cena, con una sola mandarina redondita que le sobró del desayuno, y estaba ¡sola, sola! sobre el blanco mármol del aparador. ¡Hasta se la comió con cáscara y todo!... ¡Pobre mandarina!

Es el caso que Lupito descendió feliz; y cuando salió a la calle, se encontró con la "Ocarina" ya arreglada, que le fue entregada por aquel nuevo amigo, noble mexicano, cuya satisfacción era gran-

de al haber podido favorecer así al recién llegado de Villacolorín de las Cintas.

—¡Cuánto te lo agradezco, amigo mío! —exclamó Lupito.

—No me agradezcas nada —respondió el otro muchacho—; yo estoy feliz de haber favorecido a un forastero. Y si te quedas en la ciudad de México, podré acompañarte para que no te pierdas.

—¡Muchas gracias!; pero han sido tan grandes las emociones recibidas, que tengo deseos de ver de nuevo a mis padres.

Dicho esto se dieron un fuerte abrazo, montó Lupito en la "Ocarina", y todavía se despidió de su amigo desde lejos agitando el pañuelo como un banderín.

M

MADRECITA — Y era verdad que tenía encendidos deseos de referir en su hogar, y sobre todo a su mamita, que como buena madre estaría llena de inquietud, todo lo que le había sucedido.

Comió en marcha lo que de madrugada le preparó la señora en una bolsa de papel, y pensando en su hogar se le ocurrieron estos infantiles versos:

Vamos rodando hacia casa
"Ocarina" de dos ruedas...
Vamos a ver a mis padres
y a mi hermana, que me esperan...

Y como iba recordando, efectivamente, todas las cosas del hogar, y pensó en el cariño alegre que su hermana Luchi sentía por el jumento llamado "Cornetín", aun se le ocurrieron estos renglones de buen humor.

Vamos rodando, rodando,
rueda que rueda sin fin,
para escuchar los rebuznos
¡cosa extraña! a un "Cornetín".

¡Qué alegría y qué emoción, cuando llegó a Villacolorín de las Cintas y pudo contar sus aventuras y entregar los dulces del viaje! Y la verdad es que aquella noche se acostó un poquito cansado, y se quedó dormido a los pocos segundos de haber recibido ese beso maternal que se le daba todas las noches.

N

NIÑOS — Pero al día siguiente, que era lunes, sucedió la vida normalmente: se fue al colegio tempranito... y a estudiar a las órdenes del profesor don Pepe Pizarrón y Pizarrón, hombre de bastante edad, que todavía llevaba en la cabeza aquellos gorros antiguos de los maestros, hechos de punto y terminados en punta.

Don Pepe era, como digo, un hombre viejecito, y no le gustaban las bromas; le ponían de mal humor; y como los muchachos bajaban las escaleras al terminar la clase de la tarde, con un alegre y tumultuoso jolgorio, don Pepe lo prohibió terminantemente y les pidió que descendieran de uno en uno.

Fue por eso por lo que Lupito le hizo el siguiente verso, que todos los colegiales se aprendieron en secreto:

Es don Pepe Pizarrón
nuestro ilustre profesor,
con una punta en el gorro
y bastante mal humor.

El caso es que los muchachos se reunían en la calle, en la acera de enfrente, y solían irse a las huertas, al atardecer, recogiendo piedrecitas del suelo en su ruta.

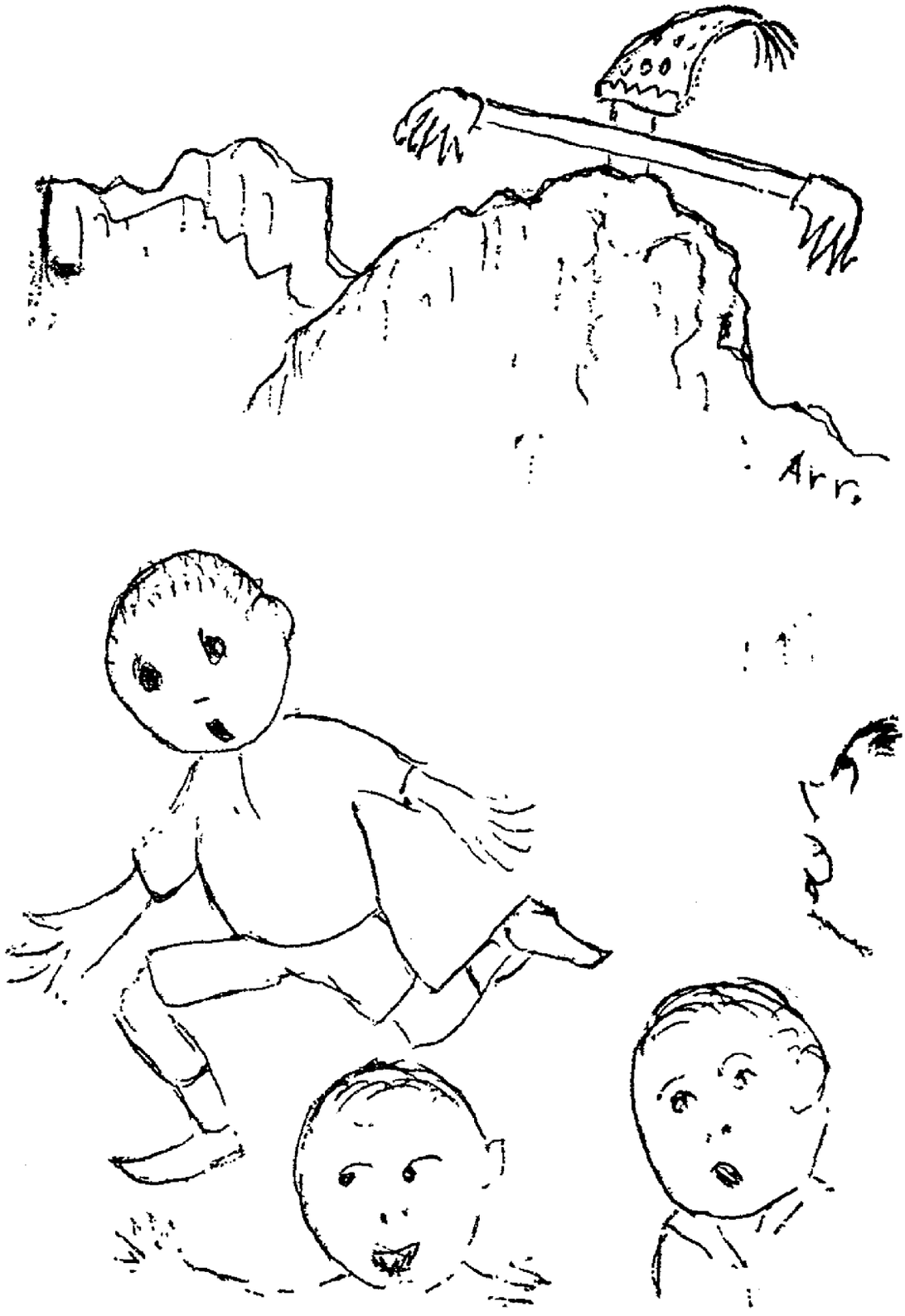
¿Para qué eran las piedras? Sólo para asustar a los pájaros que anduviesen repicoteando las frutas; porque los colegiales querían estar libres y ser ellos los que "repicotearan", digámoslo así, las manzanas y las naranjas que estuvieran más a mano.

Ñ

MUÑECO — Existía por aquellos campos un espantapájaros, que en definitiva era un muñeco con los brazos abiertos; estaba de guardián en las huertas que había detrás de un pequeño cerrito; pero los pajarillos habían llegado a comprender su inmovilidad y no le hacían gran caso; esa es la verdad.

Peor que el muñeco eran los muchachos que, aunque no tuvieran más intención que asustarlas, también podía suceder que alguna de las aves fuese víctima de una pedrada. Por consiguiente, en cuanto empezaba a atardecer, los pobres animalitos salían volando para dejar el campo libre al enemigo; y para colmo de la mala suerte de aquellos pajaritos, precisamente a esa hora se retiraban de su trabajo los hortelanos, que tampoco les habían permitido repicotear.

Un día, los pájaros tuvieron una reunión en cierto árbol grande; y en su idioma, con pitidos muy expresivos, uno les dijo que, desde un cable de la luz, que pasaba frente a la ventana del colegio, se había dado cuenta de que los colegiales tenían bastante miedo a los castigos de su malhumorado maestro, y que lo mejor sería arramblar con el


Arr.

gorro de don Pepe Pizarrón y ponérselo al espantapájaros, para convertirlo en un "espantaniños".

Así lo hicieron: el pajarito que demostró tener más fuerza marcando su pico en la corteza del árbol, entró rápidamente en la escuela cuando los niños se habían marchado, y con una audacia impresionante arrambló con el gorro para colocárselo al monigote.

¡Nadie, en Villacolorín de las Cintas, se dio cuenta de que aquella extraña prenda iba volando! Pero es el caso que cuando Lupito y sus amigos, con las manos abarrotadas de piedras, vieron de lejos que el gorro del maestro aparecía detrás del cerrito, gritaron asustados y confundidos:

—¡Vámonos, que está ahí don Pepe!...

Dejaron caer las piedras al suelo, y todos ellos regresaron inmediatamente al pueblo.

Sucedió que la esposa del señor Pizarrón, viejecita habilidosa, se pasó unas horas tejiendo, y por la mañanita el maestro lucía un gorro que era exactamente igual al otro; en consecuencia, Lupito y los demás colegiales creyeron que era el mismo.

Volvieron a las huertas por la tarde... y al día siguiente... y al otro... y al otro... y como siempre creían encontrarse a don Pepe, decidieron no insistir en aquella travesura de buscar y rebuscar los frutas para su merienda.

¡Los pájaros habían triunfado! Y fueron ellos, de nuevo, los pícaros que repicoteaban las manzanas.

O

OBEDIENTE — ¿Qué consiguieron aquellos alegres pajaritos?... Que los colegiales dejaran de reunirse para sus picardías; hasta comprendieron con eso los muchachos que, reunirse en multitud para hacer travesuras, no es cosa de valientes. Entonces Lupito, que siempre había sido aficionado, en la escuela, a conocer las curiosidades de la Astronomía, cuando salía de clase solía darse un paseíto en la "Ocarina"; y si la noche se le echaba encima, observaba los astros y hasta les hacía versos; que eso también era "lo suyo".

Mas he aquí que un día le dijo su papá:

—Comprendo, hijo mío, que sales de la escuela todas las tardes después de haber cumplido con tu obligación, y es natural que descanses y te distraigas un poquito; pero es el caso que, cuando el Sol sale de madrugada, grande y anaranjado, llevo ya un gran rato trabajando en la yunta. Al atardecer estoy muy cansado, porque ya tengo bastantes años, hijito; y la verdad es que quisiera seguir el trabajo hasta bien entrado el anochecido, pues deseo ganar algunos pesos más para comprarme maquinaria agrícola. ¿Tú amas a la Nación?

—Sí, papá.

—Pues México tiene que seguir avanzando en el campo y en la ciudad para que el mundo entero considere que se trata de uno de los primeros países; que ya le va faltando muy poquito; y en el campo debemos dar la impresión de un adelanto absoluto. Estamos en el Nuevo Continente; que, como nuevo, debe dar la sensación de moderno en sus avances. ¿Comprendes, Lupito?

—Sí, papá. Entonces, ¿qué es lo que deseas de mí?

—Pues deseo, hijo mío, que no te limites a ayudarme a la hora de encerrar y cuidar a los bueyes, sino que trabajes tú con ellos una o dos horas cada tarde.

—Así lo haré, papito.

Y así lo hizo; fue un hijo obediente; todas las tardes, cuando el colegial salía de clase, iba corriendo al campo donde su padre trabajaba, y con "Pandero" y "Tambor", que como se recordará así se llamaban los bueyes, hacía las tareas que la labranza requería en cada época del año.

Después, como siempre, Lupito era el encargado de dar de comer a los bueyes, prepararles el lecho... y acariciarlos además; porque, con eso de trabajar juntos, cada día sentía por ellos más inclinación y más gratitud. Si le ayudaban en sus labores, y además ayudaban a su papá en los deseos de aumentar los ingresos, se consideraba obligado a cuidarlos con el más cariñoso esmero.

Y hasta ellos mismos sintieron, como sucede siempre, una grata comprensión que les unía con el niño. Tanto es así, que los domingos por la mañana, cuando Lupito se iba a jugar al futbol con los amigos a un campo que había en las afueras muy cerca de los prados, más de una vez pudo verse a "Tambor" y a "Pandero" que se acercaban a la pequeña tapia de su pradito para ver jugar al compañero de trabajo. Sin duda les atraía de veras escucharle, cuando se hablaban animados y en voz alta unos jugadores y otros. Aquella voz del niño era un imán para ellos.

P

POETA — Tal fue la cariñosa unión entre "Pandero", Lupito y "Tambor", que cuando el niño hablaba a los bueyes con palabras suaves y razonables, ellos llegaron a entenderle; sobre todo, a entenderle al tono de sus palabras; no sólo comprendían las voces corrientes del trabajo para que fuesen a derecha o izquierda, o se detuvieran, sino que también le comprendían las órdenes en su patio, las expresiones de cariño, las ligeras regañinas y las palabras de cordial compañerismo en el trabajo.

Como se ha dicho alguna vez, al colegial, que sentía en su interior el entusiasmo de la poesía y el verso, la asignatura que más le atraía era que estudia el movimiento de los astros: las vueltas de la Tierra al Sol, las estrellas, los satélites, la Luna... ¡Oh, la Luna!: sus cuartos crecientes y menguantes, ¡la Luna llena!...

Eso de ver redonda, redonda la Luna, esparciendo su azul suave, ese azul tan especial del satélite, por las grandes campiñas, o tendiendo la sombra de la torre en la arena de la plaza pueblerina, llenaba al niño de poética emoción. Y sucedió que un sábado, precisamente un sábado, cuando iba a regre-

sar a su casa el muchacho con sus amigos, o casi, casi amigos, "Pandero" y "Tambor", apareció allá lejos, ¡muy lejos!, detrás de aquella llanura que parecía no tener fin, una Luna llena, grande, redonda, luminosa, ¡poética!...

Y aquella emoción le detuvo...

Q

QUIMERAS — Sí, sí: le detuvo la emoción... y quietos ya él y la yunta, empezó a pensar que acaso en el satélite hubiera habitantes; cosa que, en sus estudios infantiles, aun no se podía saber si los había... o no los había; si era o no una quimera...

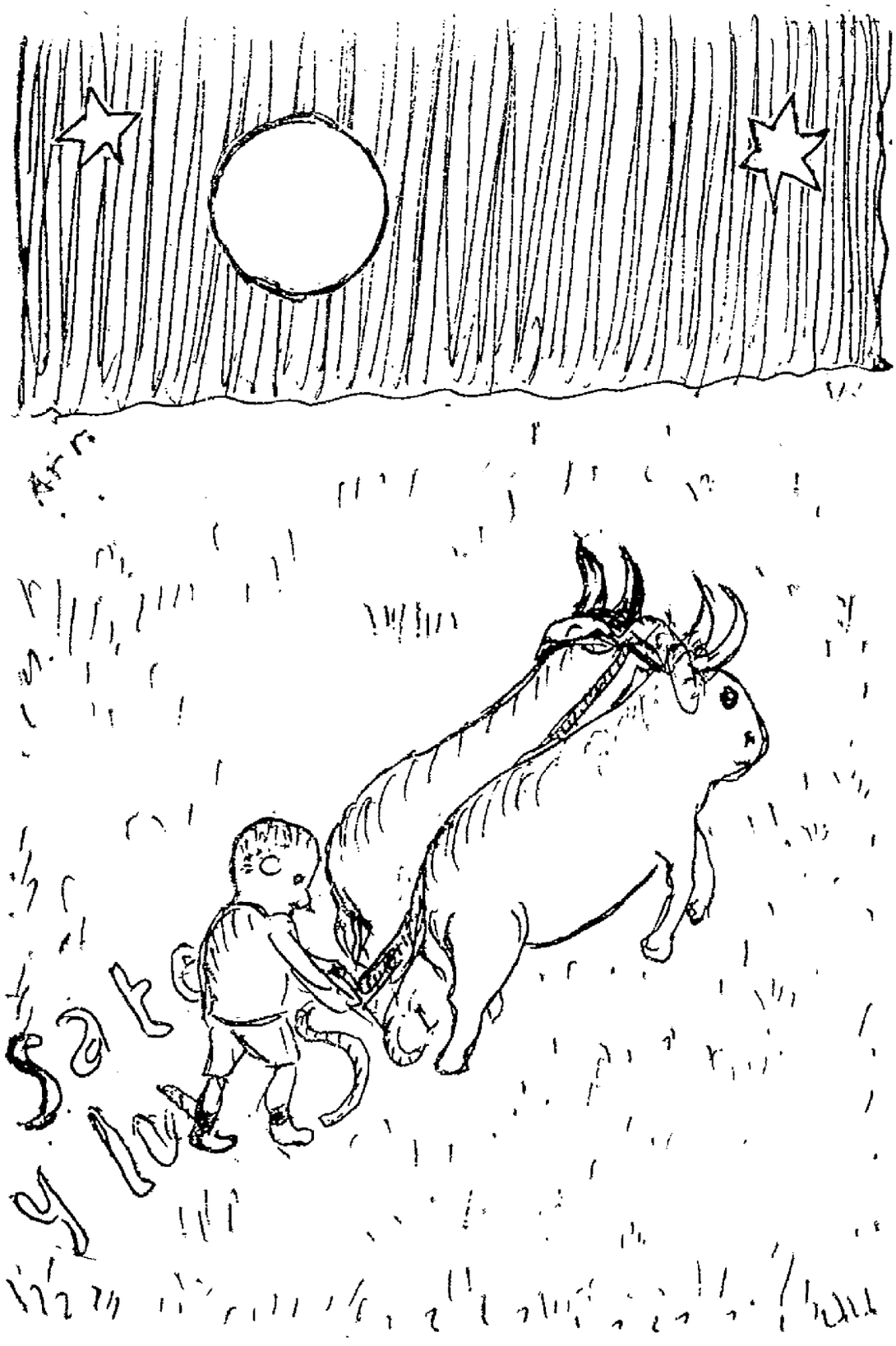
Pero... ¿y si los hubiese?... ¡Qué bonito sería, entonces, escribir una carta a los niños de la Luna!... Claro está que ¿cómo escribirles, si todavía no podían llegar hasta allá los aeroplanos del correo?...

Fue entonces cuando tuvo una idea... una idea de astrónomo infantil... y de pequeño poeta... y, además, de pequeño labrador. Pensó un verso, uno de esos versos de colegial, y metiendo a la yunta en una pradera lisa, con el arado escribió los siguientes renglones, que cada uno ocupaba más de 50 metros de largo; eso, para que se pudiera leer desde la Luna...

Decían así:

¡Oh, satélite redondo,
poético y luminoso!:
a tus niños les envío
un saludo fervoroso.

Y se dispuso a firmarlo, además.



R

REALIDAD — Pero cuando lo iba a firmar para que en la Luna supieran su nombre, empezó a oír gritos:

—Lupitooo!... ¡Lupitooo!...

Puso atención... y reconoció tres voces: la de su mamá, la de su papá y la de Luchi, su linda y tierna hermanita; aunque ésta apenas podía gritar, porque la angustiosa preocupación ahogaba sus palabras. ¡Qué terror la había producido eso de que no supieran dónde estaba su hermano!

—¡Aquí estoy! —exclamó el muchacho desde su lejanía.

Cuando llegaron los tres, o, mejor dicho, los cuatro, porque también venía el borriquito "Cornetín" con ellos, se encontraron aquel verso escrito en el suelo, que se leía perfectamente a la luz de la Luna, aunque por su tamaño costaba algún trabajo alcanzarlo.

Como es natural, su papá le reprendió porque la madre y la hermanita estaban asustadísimas al ver lo que tardaba en regresar. Pero, claro está, no le regañó demasiado, porque tampoco aquel campesino, de tan escasos estudios cuando fue niño, se

atrevía a asegurar la existencia o no de habitantes en el satélite, ni sabía si habría allá astrónomos con telescopio que hubieran leído el letrero. Ignoraba si aquello fuese una simple quimera o una realidad.

Es el caso que regresaron a su hogar más bien felices, porque a la mamá y a la niña se les había pasado el susto.

¡Ah!, pero como la más moderna aviación atraviesa todos los días la República Mexicana de unos Estados a otros, más de un pasajero observó desde arriba el verso, y hasta se hicieron fotografías a vista de pájaro que fueran publicadas en diarios, revistas y televisión. En fin, hubo dos o tres astrónomos del mundo que, admirando su Astronomía infantil, le enviaron telegramas de felicitación, hubiese o no niños en la Luna; y algunos poetas, al ver que era un muchacho con poéticas emociones, le remitieron dedicados sus libros de versos.

¡Un éxito rotundo!

S

SINCERIDAD — El padre, al ver que Lupito era nombrado por tanta gente, temió que se hubiera llenado de orgullo, y entonces le dijo:

—Tú dirás, hijo mío, qué deseas: hacer poesía, seguir estudiando los astros... o ayudar a tu padre.

Y el hijo respondió en seguida con la más firme sinceridad:

—¿Yo?, ¡ayudarte siempre! "Pandero" y "Tambor" colaboraron conmigo en eso del verso, de lo que tanto se habló, y me costaría trabajo olvidarlos. Seguiré en la tarea con ellos hasta el anochecer de cada día; por la noche, si no está nublado, me entretendré observando las variaciones de la Luna y los planetas; y los domingos, si llueve, me dedicaré a leer versos; pero si hace buen tiempo, seguiré rueda que rueda con mi corretona bicicleta "Ocarina".

En efecto, así lo hizo: siguió ayudando a su papá tan eficazmente, que al fin consiguieron que sus campos, como los de aquellos alrededores de la zona, aumentaran su producción hasta conseguir mayores ganancias. Y un día, cuando estaban los cuatro a la mesa, dijo el padre:

—No sé si alguien lo ha dicho ya; pero yo lo diré siempre: si nuestra América tiene el título de Nuevo Mundo, su novedad, sus nuevos adelantos, deben percibirse en las fábricas como en el campo, en las ciudades como en los pueblos. Da gusto ver cómo la agricultura va aumentando sin cesar; y eso puede deberse a los avances de la mecánica. Por consiguiente, y ya que con la ayuda de Lupito dispongo de algún dinero más, voy a comprar maquinaria agrícola, gracias a la cual, y con más descanso para mí, se notará en nuestro terreno una gran mejoría.

Aquellas palabras del padre llenaron de satisfacción a toda la familia; y fue la mamá quien dijo:

—Todo te lo mereces, porque tú y el niño habéis trabajado sin cesar. Pero ahora se me ocurre una pregunta: ¿y qué vas a hacer con los bueyes?

—Venderlos —respondió el agricultor—. Realmente, "Tambor" y "Pandero" ya han sido bastante aprovechados en vida. Ha llegado el momento de aprovechar sus pieles y su carne.

Como es natural, Lupito se impresionó hondamente al escuchar tales palabras... y guardó silencio.

T

TERNURA. — No, al niño no le podía parecer grato que alguien se comiese a "Pandero" y a "Tambor", que habían sido buenos amigos suyos... ¿Cómo podía parecerle eso bien al pequeño poeta que recordaba con ternura la paz de los atardeceres campesinos, trabajando con esa yunta que parecía obedecerle cordialmente?...

Ya en la cama, apenas pudo dormir. Si algún día el papá llegase a vender los bueyes, al chiquillo le angustiaba pensar en el triste vacío que quedaría debajo de aquel techado del patio donde dormían y descansaban de su tarea. Pensaba en aquellos regresos diarios del campo, cantando a veces alguna canción regional, cuando el satélite de la noche comenzaba a ofrecer su luz por el camino...

Sin querer, y meditando sobre esas cosas, le floreció en su mente un poema que decía:

¡Qué bello era aquel camino
con "Pandero" y con "Tambor",
con una Luna redonda
y cantando el ruiseñor!...

٨٢٢٠

Jamás se podrá olvidar
mi ruta por el sendero,
caminando, caminando
con "Tambor" y con "Pandero"...

Cuando Lupito repitió en la oscuridad de su cuarto los versos que se le acababan de ocurrir, encendió la luz para escribirlos en un papel... Pero apenas había escrito los nombres de los bueyes en el segundo renglón, se le saltaron las lágrimas y apagó de nuevo; le faltaron las fuerzas para seguir escribiendo; mas el recuerdo sí seguía...

U

UNION — Desde el día siguiente, y cuando en los anochecidos sucesivos llegaba la hora de encerrar la yunta en su guarida del patio, acariciaba a los bueyes más que nunca y más que nunca los quiso; hasta creía ver en los grandes y brillantes ojos de aquellos animales el cariño hacia el niño.

Y así era sin duda, porque viéndose ellos tan acariciados, correspondieron, más que nunca también, con los tremendos lametones de "Pandero" en la nuca infantil cuando el niño estaba acariciando a "Tambor", y los de éste cuando Lupito acariciaba a "Pandero".

¡Nunca hubo entre los tres un cariño tan manifiesto! Lo malo era que, si en otro tiempo aquella unión alegraba vivamente al colegial, ahora le llenaba de tristeza y no era raro que manifestase con largos silencios su preocupación.

V

VERSOS — Algo pensó el colegial en la noche de un nuevo sábado. El caso es que el domingo por la mañana sacó a los bueyes y los llevó al prado dominguero, siguiéndoles con lentas "eses" de la bicicleta; y en aquella lentitud de ciclista experto, el muchacho iba componiendo estos versos dedicados a su flaco vehículo:

"Ocarina": eres delgada,
elegante, alegre y fina;
tus ruedas, una tras otra,
son felices, "Ocarina";

pero además eres buena
y una gran titiritera,
y has de salvar a la yunta
de ese drama que la espera.

¿Qué querían decir estos versos?...

X

EXCENTRICIDADES — ¿Qué era, repetimos, lo que aquellos versos querían decir?... El secreto se lo dijo Lupito a los bueyes rascando a cada uno el remolino de su testuz:

—No hay más remedio, amigos míos —les dijo—; tienen ustedes que aprender ciclismo, que acaso sea la única manera de salvarles de algo trágico que les espera...

"Don Pandero" y "don Tambor", que, aunque fuese en broma, era así como Lupito llamaba a los bueyes, porque eran ya de más edad que él, no entendían exactamente sus palabras; pero él empezó luego a expresarse por señas, señalándo a ellos y a la bicicleta alternativamente, e imitando con sus manos el movimiento de los pedales; y luego, con un gesto imitado de horror y de angustia, hacía como si les diera la puntilla.

El caso es que, como ya llevaban algunos años unidos al chiquillo, algo iban entendiéndole y hasta empezaron a intentar la realización de lo que el muchacho les estaba ordenando: montar. Y la verdad es que se caían tales golpes, que siempre había que

poner derecha, con gran trabajo, alguna pieza de "Ocarina".

—No crean ustedes —les decía— que es algo que no se ha visto nunca. En el circo se admiran excentricidades de los seres zoológicos, verdaderamente extraordinarias. No serían ustedes, no, los únicos animales que se han presentado en bicicleta...

En eso, el niño tenía razón. ¿Por qué, pues, no iban a convertirse en ciclistas estos seres que siempre habían sido con él tan comprensivos?...

—Fíjese usted, "Don Tambor" —añadía luego—: ponga las dos pezuñas delanteras una aquí y otra aquí, y mire usted hacia allá, hacia lo que tenga en frente... ¡Ahora!

Claro está que no sólo conversaba, sino que les ayudaba a colocarse... y algo se iba consiguiendo.

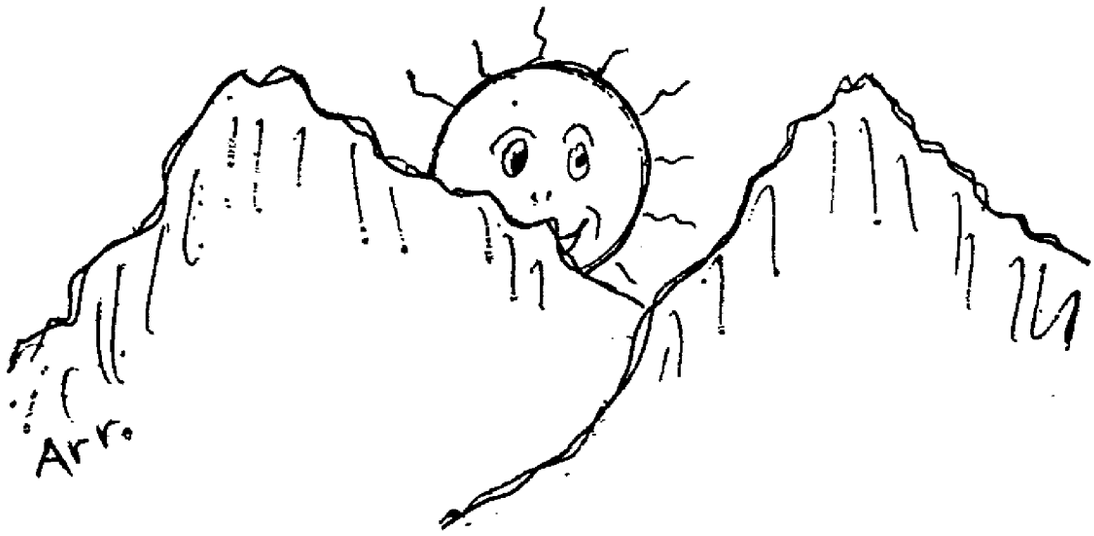
Y

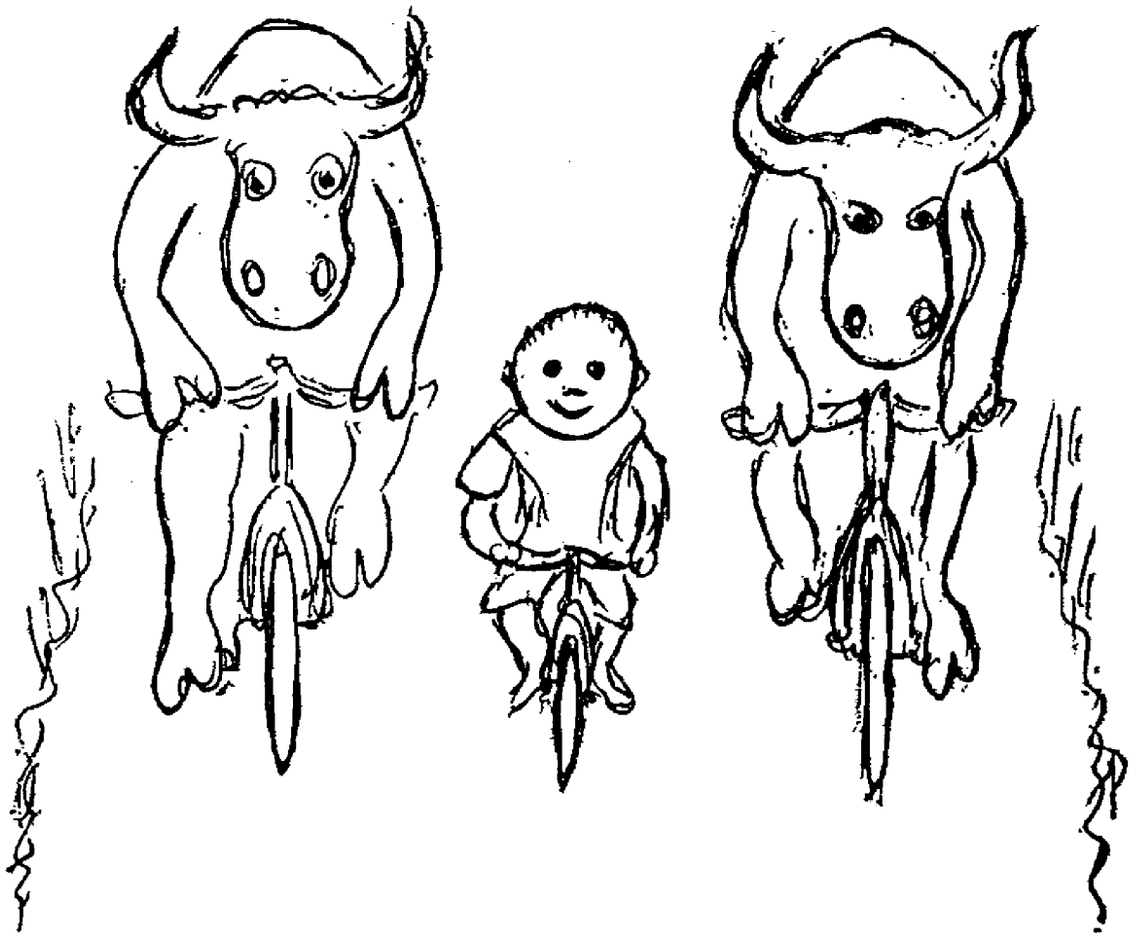
YUNTA — Fue curioso cómo Lupito buscó un silencioso lugar, entre dos cerritos de arbolado; y allí se los llevaba un rato por las noches, y además domingo tras domingo; porque en días de fiesta nadie pasaba por allí y nadie los veía. Realmente, no era fácil conseguir la perfección ciclista de una yunta de bueyes...

Iban aprendiendo, sí, pero tan lentamente, que cuando el niño oía a su papá que ya pronto iba a llegar la maquinaria agrícola, se ponía a temblar calladamente en vista de que, ni "Tambor" ni "Pandero", dominaban todavía el deporte y seguían cayéndose al suelo de cuando en cuando.

¡Ah! pero con el noble y terco empeño de Lupito, al fin llegaron aquellos grandones "cornúpetos" a montar bastante bien en el vehículo de las dos ruedas; casi, casi montaban como cualquier chimpancé del circo.

Y, claro está, cuando el "papi" de Lupito anunció a la familia, todos cenando sentados a la mesa, que la maquinaria agrícola vendría de camino al día siguiente desde la ciudad de México, y que se acercaba el momento de llevar al matadero a am-


Arr.



bos bueyes, el niño guardó silencio y preparó cierto festejo para celebrarlo por la mañanita.

Y así lo hizo: al amanecer sacó la yunta a un campito cercano; ensayaron de nuevo, hizo luego que "Tambor" montase en la "Ocarina", le orientó hacia la casa familiar, y cuando se acercaba gritó el niño:

—¡Papá!... ¡Asómate a la puerta del patio!... ¡Mamá, mamá! ¡Asómate tú también!... ¡Y tú, Luchi!...

Salió a la puerta el matrimonio, salió la niña y se quedaron asombrados, sin pronunciar palabra, al ver que, primero el uno y luego el otro, los dos bueyes lucieron sus habilidades en la "Ocarina", rondando por la carretera que atravesaba Villacolorín d elas Cintas...

Después se acercó el colegial a la puerta y dijo a su padre:

—Papito... ¿tú crees que se pueden llevar al matadero a unos seres que montan en bicicleta, ya sean príncipes, elefantes, cisnes, sargentos del ejército, médicos, carteros, bueyes, tiburones o mecanógrafas?...

—¡No! —le respondió con noble resolución el padre.

Ante la extraña sorpresa, pudo el padre de Lupito haberlos llevado al circo para ganar buen dinero; pero aquella bondad del niño, aunque tan ingenua y tan infantil, sin embargo, le hizo pensar en algo que era cierto: que la yunta le había ayudado

año tras año en su trabajos, y que, gracias a "Tambor" y a "Pandero" había conseguido vivir con más ganancias cada año.

Entonces lo que hizo fue comprar una bicicleta a cada uno... ¡y más todavía!; porque como eran ya algo viejos, y además la nueva maquinaria había empezado a dominar con tremenda potencia los campos de labranza, se dio libertad a los bueyes para que viviesen como quisieran: en el campo, o en el cobertizo del patio cuando llovía; y que Lupito les guardase sus bicicletas, por si querían alguna vez darse un paseo; aunque realmente nunca llegaron a tener la afición que por el ciclismo sentía el colegial poeta.

¡Pero qué gracioso y extraño era ver, de cuando en cuando, por la carretera, una yunta en bicicleta!...

Z

ZISZAS — Naturalmente... eso sí: los domingos, ya se sabía: allá iban de paseo dos bueyes y un muchacho en sus correspondientes bicicletas... y Luchi, la niña, en su burrito llamado "Cornetín"; porque al jumento le dio tanta alegría el extraño espectáculo de los ciclistas, que hasta consintió que la niña, ¡todos los domingos!, montsae en él para trotar y galopar detrás de los deportistas por aquella carretera sencilla, cuidada y lisa, que iba kilómetros y kilómetros al ladito del río, siguiendo suavemente sus zigzagueos.

¡Qué contento iba aquel grupo! ¡Qué ejemplo de felicidad, de paz y de buenos sentimientos!... Y, claro está, en aquel rato del rodar tranquilo, en el que marchaban todos en un ordenado y feliz silencio, Lupito iba pensando, naturalmente, nuevos versos; iba pensando los versos de su satisfacción; porque Lupito, el niño de aquel pueblecito sencillo, era como la semilla de un posible poeta del mañana; y los versos de aquel domingo decían así:

Suena feliz el arroyo;
el Sol redondo nos mira;

la paz del viento armonioso
tiene sonidos de lira...

Tres bicicletas, dos bueyes,
una chiquilla, un jumento,
un muchacho... y la alegría
de los domingos del cuento.

E P Í L O G O

Mi linda lectorcita y mi amable lector:

No, no penséis de ninguna manera, que esas letras con que empieza cada estampa literaria del cuento, pretenden enseñaros el alfabeto. Yo sé que a vuestra edad, de eso del abecedario y de tantas otras cosas, estáis más enterados que yo mismo, gracias a las clases recibidas en vuestros colegios. Ahora bien, si esa colección decorativa que se les da en el relato, hace que aumente hacia las letras vuestra simpatía... eso salimos ganando ellas, vosotros y yo.

Observaréis en esta historia que se cultiva un cierto cariño, un cariño de tierna gratitud, hacia los animales útiles. Nada más justo. Asimismo yo sé que el despertar la ternura hacia esos seres de la Creación, es cultivar y acrecentar la bondad total del niño, de la niña y de los jóvenes, y anima y despabila la noble generosidad de todos. Ahora bien, también observaréis en el cuento que, si hay cierta inclinación hacia esos animales, también está el hondo deseo de protección y ayuda a las personas contra algunos personajes de cierta maldad (inven-

tada y pintoresca), que surgen en el relato con intención de amenidad.

Al autor del relato no se le ha ocurrido de ninguna manera daros una lección de poesía. Fíjense bien y veréis que el poeta que sale en el cuento es casi, casi de juguete. Sus versos, que son tan fáciles como las sencillas coplas que se cantan por los pueblos, surgen en las páginas como un adorno, lo mismo que el abecedario. Pero si os divierte su sonido, ¡mejor!

No, este cuento no pretende enseñar nada; no tiene más deseo que entreteneros. ¿Qué alguna vez recuerda los avances civilizados del Continente Americano? ¡Magnífico! ¿Acaso no es esa la realidad? Claro está que ello no debe servir nunca para recelar de las demás zonas del planeta. Todos, ¡todos!, debemos sentirnos unidos y hacia adelante, en la marcha de una civilización amable que esté al servicio de todas las personas del mundo, sean niños, niñas o grandes.

¿Que alguna vez os hace saber, o recordar, los adelantos de vanguardia que en nuestro siglo presenta la gran República de México?... He aquí otra verdad que, seáis o no mexicanos, debe llenaros de júbilo, ya que sois colegiales que avanzan por las rutas de la civilización moderna; y precisamente en la más pura y auténtica civilización, debe ir enredada la buena amistad entre todos los muchachos de la Tierra... y hasta de la Luna, si los hubiera.

En consecuencia, mis amables lectores, o lindas

lectoras, ¿cuál ha sido nuestro mayor deseo, al inventar para todos vosotros esta historia?... Que paséis un rato entretenido; y nada más.

¡Qué bien, si lo hubiéramos logrado!...

—Antoniorrobles—

ULTIMAS PUBLICACIONES DE B. COSTA-AMIC EDITOR

HISTORIA DE LA REVOLUCION MEXICANA (16ª edición), José Mancisidor.

BEETHOVEN EN SANTA PRISCA, Antonio Ros.

YO, LIVINGSTON, por Livingston Denegre-Vaught.

PICARDIA MEXICANA (46ª edición), A. Jiménez.

MEXICO: EL CAPITALISMO NACIONALISTA, Moisés González Navarro.

LA CONFEDERACION NACIONAL CAMPESINA (un grupo de presión en la reforma agraria mexicana), Moisés González Navarro.

LA REVOLUCION DESVIRTUADA (Tomo VIII), Alfonso Taracena.

ZAPATA (Fantasía y realidad), Alfonso Taracena.

EL MEXICANO CIUDADANO DE QUINTA, Oscar Monroy Rivera.

MEDICINA SOCIAL Y MEDICINA INSTITUCIONAL EN MEXICO, Leopoldo Aguilar García.

CON BANDERA DE FRESA, Enrique Ramos Valdés.

DICCIONARIO DE SIMILES Y ANALOGIAS, Gonzalo Castillo.

LOS GRINCOS, José Vázquez Amaral.

PSICOLOGIA DE JUAREZ (El complejo y el mito. El alma mágica), Mateo Solana y Gutiérrez.

LAS HORAS VIOLENTAS (6ª edición), Luis Spota.

MAS CORNADAS DA EL HAMBRE (6ª edición), Luis Spota.

EL CORONEL FUE ECHADO AL MAR (4ª edición), Luis Spota.

PROBLEMAS Y POSIBILIDADES ECONOMICAS DE MEXICO 1971-1980, Mario Ramos Girault.

LOS HOMBRES DE LA REFORMA (2ª edición), Daniel Moreno.

CIEN AÑOS DE JUVENTUD (novela), Alberto Quirozz.

DON SANTOS (novela fábula), Catarino Villalobos González.

PROBLEMAS DE LA UNIVERSIDAD (2ª edición), Daniel Moreno.

¿QUE ES LA MASONERIA?, Ramón Martínez Zaldúa.

¿POR QUE SE CASAN LOS CURAS?, Dr. Jesús Figueroa Torres.

A LA SOMBRA DE DOÑA RAQUEL, Manuel Arbolí.